dero, frente por frente de aquella gran cortina de álamos? ¿Te acuerdas? Allí nos besamos las manos en una mañana de primavera. Y bien: á la izquierda hay un seto de espinas blancas, muro de verdura, al pie del cual nos echábamos para no ver más que el azul del cielo. Detrás de este seto, mi querida amiga, es donde te cito, para dentro de algunos años, en un día de sol pálido, cuando tu corazón me presienta en los alrededores.

EMILIO ZOLA.

París 1.º de Octubre de 1874.

CUENTOS

UN BAÑO

Te apuesto á que no la aciertas, Ninon. Busca, inventa, imagina un verdadero cuento azul, algo de terrorífico y de inverosímil... ¿Sabes? La Baronesita, aquella excelente Adelina de C***, que había jurado... No, no lo adivinarías; prefiero decírtelo todo.

Y bien: Adelina se vuelve á casar; es positivo. Lo dudas, ¿no es verdad? Es preciso que yo esté en *Mesnil-Rouge* á sesenta y siete leguas de París, para que crea en semejante historia. Ríete; el matrimonio no dejará de celebrarse. ¡La pobre Adelina, viuda á los veintidos años, á quien el odio y el desprecio con que miraba á los hombres hacían tan interesante! En dos meses de vida común, el difunto, digno hombre sin duda, que hubiese sido perfecto sin los acha-

ques que le llevaron al sepulcro, le enseñó toda la escuela del matrimonio. Adelina había jurado que para experiencia bastaba. ¡Y se vuelve á casar! Tal es, sin embargo, el tema de su vida.

Es verdad que Adelina ha tenido mala suerte. No es fácil prever una aventura por el estilo. ¡Y si yo te dijera con quién se casa! Ya conoces al conde Octavio de R***, aquel joven alto que ella detestaba tan cordialmente. No podían verse sin cambiar sonrisas punzantes, sin herirse mutuamente con frases amables. ¡Ah, los desgraciados! ¡Si supieras dónde se encontraron la última vez!... Bien veo que es menester que te lo cuente. Es toda una novela. La mañana está lluviosa. Voy á poner el asunto en capítulos.

I.

El castillo se halla á seis leguas de Tours. Desde *Mesnil-Rouge* veo sus techos de pizarra, perdidos en el verdor del bosque. Se le llama el *Castillo de la Bella durmiente del Bosque*, porque en otro tiempo estuvo habitado por un señor que debió desposarse con la hija de uno de sus arrendatarios.

La pobre niña vivió allí como en un claustro, y creo que su sombra se aparece de cuando en cuando á los aldeanos. Nunca las piedras despidieron tal perfume de amor.

La Bella que duerme hoy allí es la vieja condesa de M***, tía de Adelina. Hace treinta años que ha prometido ir á pasar un invierno á París. Sus sobrinas y sobrinos la acompañan cada uno quince días durante la primavera. Adelina es muy puntual. Por otra parte, ama al castillo, ruina legendaria, que la lluvia y el viento desmoronan en medio de una selva virgen.

La vieja Condesa ha mandado formalmente que no se toque ni á los cielos rasos que se resquebrajan, ni á las ramas que se entrecruzan y que obstruyen los paseos. La encanta el muro de hojas que se forma allí todas las primaveras, y suele decir que la casa es aún más sólida que ella. La verdad es que un ala entera yace por tierra. Estos agradables retiros, construidos en tiempo de Luis XV, eran como los amores de la época, fugaces como la aurora. Las grietas corren por las paredes; los pisos han cedido; el musgo invade con su verdor hasta las alcobas. La frescura, debida á la humedad del parque, conserva en el castillo el grato aroma de las ternuras de otros días.

El bosque amenaza entrar en la casa. Han crecido árboles al pie de las gradas, en las hendiduras de los escalones. Los carruajes sólo pueden transitar por la gran alameda, y para ello es preciso que el cochero vaya á pie y dirija las bestias con la mano. Á la derecha, á la izquierda, hay sotos vírgenes, que entrecorta algún que otro sendero envuelto en densa